

Nicetas de Remesiana

**SOBRE EL ESPÍRITU SANTO**

1. A continuación, según mi capacidad expondré lo que pienso sobre la tercera persona, es decir, sobre el Espíritu Santo, dado que me doy cuenta de que muchos dudan especialmente sobre Él. Y aunque sea una temeridad disputar del que en la profesión de fe está asociado <sup>2</sup> al Padre y al Hijo según la tradición del Señor <sup>3</sup> y nuestra profesión de fe en el bautismo, con todo y dado que muchos piensan cosas distintas y que se nos pide una explicación, hemos necesariamente de darla. Y no la hemos de dar si-

no a partir de las Sagradas Escrituras<sup>4</sup>. Con todo, estoy convencido de que difícilmente se podrán apaciguar unos oídos ocupados de antemano y unos entendimientos cargados con otra manera de pensar. La prevención es, en efecto, perniciosa. Pues es propio de la naturaleza humana que difícil y trabajosamente depongamos una opinión recibida, aunque nos enseñen idóneos maestros, si se nos hubiera susurrado maliciosamente al oído sobre algún hombre bueno, o un mensajero mentiroso se nos hubiera adelantado al conocimiento de la verdad. Y esto es lo que sospecho que ocurrirá ahora a muchos, que, prevenidos con la perversa interpretación de unos doctores, creyeron que el Espíritu Santo es una criatura y lo despreciaron como a un criado o a un siervo. Volvamos, pues, a nuestro propósito.

2. En la deliberación del Concilio de Nicea se estableció de acuerdo con la fórmula del Símbolo: “*Creemos también en el Espíritu Santo*”. Sin duda, que esto era suficiente para los fieles, puesto que entonces no se planteaba ningún problema u objeción sobre el Espíritu Santo. ¡Ojalá que los que después introdujeron la polémica del Espíritu hubieran creído con simplicidad, conforme a la tradición, en el Espíritu Santo junto con el Padre y el Hijo! Piensa, por ejemplo, en los macedonianos<sup>5</sup> o en sus compinches

en esta curiosidad. En efecto, mientras éstos plantean cuestiones como ¿de qué naturaleza es el Espíritu Santo?, ¿de dónde le viene su existencia?, ¿cómo es su grandeza?, ¿nació o fue hecho? <sup>6</sup> dividieron así de nuevo al pueblo e in-

trodujeron en las Iglesias, según la palabra del Apóstol <sup>7</sup>, una cuestión verdaderamente interminable. ¿No hubiera sido mejor que glorificaran con el Padre y el Hijo a Aquél en el que habían creído una vez <sup>8</sup> que era santo y santo por naturaleza, más que asociarlo con las criaturas? Y todavía introducen otros problemas intentando con tortuosas preguntas despojar<sup>9</sup> de su fe a todos los sencillos. Me parece que nadie pondrá en duda que, si no se es cauto, una pregunta hecha con mala intención precipita en la blasfemia <sup>10</sup>, sin percatarse siquiera, al hombre que es interrogado. De aquí que avise Pablo: *“Mirad que nadie os despoje mediante la filosofía y el vano engaño”*<sup>11</sup>. En efecto, los rebeldes <sup>12</sup> al Espíritu Santo plantean la cuestión de si el Espíritu Santo es “engendrado o inengendrado”. He aquí dos trampas tendidas a izquierda y a derecha: en efecto, a cualquier lado que hayas querido extender el pie de tu respuesta, serás cazado. Si dices: “Ha sido engendrado”, te responderá: “Luego ya no tiene Dios un Hijo unigénito, puesto que también hay un segundo engendrado por el Padre”. Si dices: “No ha sido engendrado”, te responderá: “Luego existirá también un segundo Padre inengendrado y ya no hay un único *Dios Padre del cual procedan todas las cosas*”<sup>13</sup>. Después de haberte cerrado

ambos caminos de respuesta, te conduce casi derechamente al hoyo diciéndote: “Por tanto, si el Espíritu no es engendrado del Padre ni es inengendrado, sólo queda que se le considere criatura”.

3. Ante estas conclusiones, ¿qué opción tomará la fe de la Iglesia?, ¿asentirá a la tortuosa filosofía <sup>14</sup> y contra la opinión de todas las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento creerá que el Espíritu Santo de Dios es una criatura, del cual no habrá podido leer en ningún texto <sup>15</sup> que se le llame criatura? Sin duda, que hará mucho mejor si, despreciadas las conclusiones y las ataduras humanas de las preguntas, se ampara en la autoridad de su Señor. En efecto, Él mismo dice en el Evangelio de dónde toma su existencia el Espíritu Santo, Aquél que no tiene fin puso un término a la cuestión, pues dice a los apóstoles: “Os enviaré desde el Padre (al Paráclito), al Espíritu de la verdad”<sup>16</sup>. ¿No sabes de dónde toma origen su existencia? Si quieres saberlo, escucha al que te está diciendo: “Éste procede del Padre”<sup>17</sup>. Ahora bien, hermanos, ¿qué conviene hacer? ¿Escuchar a Cristo o a los hombres? Cristo no dijo que el Espíritu Santo fuera ni engendrado ni hecho, sino únicamente esto: que procede del Padre <sup>18</sup>. Son sus adversarios <sup>19</sup> los que dicen que ha sido he-

cho y creado. Pienso que es mejor creer que es como Cristo, el Señor, reveló, que como lo ideó la presunción humana. Ahora bien, si les preguntamos que de dónde pueden probar que el Espíritu Santo ha sido hecho, dado que no tienen prueba cierta y evidente tomada de las Escrituras, toman aquello que se dice en el Evangelio: *“Todo ha sido hecho por medio de Él y sin Él no se hizo nada”*<sup>20</sup>. Así

pues, dicen: “Si todo ha sido hecho por medio de Él, se ha de creer que entre las cosas también el Espíritu Santo ha sido hecho”. No es ésta una demostración clara, sino más bien una conclusión excesivamente escrupulosa. ¿Pues qué? ¿Con qué espíritu hablaba Juan, al decir esto? ¿Acaso no con el Espíritu Santo? Si pues hablaba en el Espíritu Santo<sup>21</sup>, entonces ciertamente hablaba el mismo Espíritu. Pero el Espíritu Santo se refería a que habían sido hechas por medio de Él todas las cosas<sup>22</sup> que ciertamente han sido establecidas en la multitud y el orden de la criatura, pero no se refería a sí mismo como para que se le considerase también a Él como hecho de la nada entre las demás criaturas.

4. Y es testigo de esto el bienaventurado apóstol Pablo que expresamente enumera las cosas que han sido hechas por medio de Cristo<sup>23</sup>: “*En Él —dice—, han sido creadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles: tronos, dominaciones, principados, potestades. Todo ha sido creado por medio de Él y en Él*”<sup>24</sup> ¿Es que acaso nombró también al Espíritu Santo entre todas las cosas celestes y terrestres? Sin duda que lo hubiese nombrado en primer lugar, si hubiese sabido que había sido creado o hecho como las demás cosas. Pero si quieres entender con tanto rigor lo que fue dicho: “*Todo fue hecho por medio de Él*”<sup>25</sup> de modo que no exceptúes al Espíritu Santo, te pregunto cuál es tu opinión sobre lo que el profeta David dice al Señor: “*Te sirven todas las cosas*”<sup>26</sup>. ¿Acaso responderás que el Espíritu Santo sirve entre todas o llamarás siervo al que ciertamente

no es siervo, sino Señor <sup>27</sup> que libera a la criatura de la esclavitud? Y que el Espíritu Santo sea Señor, lo prueba Pablo a los tesalonicenses: *“El Señor dirija vuestros corazones en el amor de Dios y en la paciencia de Cristo”* <sup>28</sup>. Sin duda que llamó Señor al Espíritu, del cual incluso el mismo Salvador había dicho a los apóstoles que *“Él os dirigirá en toda la verdad”* <sup>29</sup>. Y todavía más claramente <sup>30</sup> lo enseña Pablo al decir: *“Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad”* <sup>31</sup>. Y en la Carta a los Romanos: *“No habéis recibido —dijo—, un Espíritu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el Espíritu de adopción”* <sup>32</sup>. Si es Espíritu de adopción y hace a los hombres hijos de Dios, ¿cómo se le coloca en la condición servil, cuando un siervo no puede legítimamente liberar? *“Puesto que sois hijos —dice—, envió Dios al Espíritu de su Hijo que clama en nuestros corazones: Abba, Padre. Y si hijo, también heredero*

*por voluntad de Dios. Por tanto, ya no es siervo, sino hijo*”<sup>33</sup>. Si el Espíritu me hace libre e hijo y participe del nombre propio de su divinidad, seré un impío si llamo siervo al que me hizo<sup>34</sup> libre. Pero la libertad del Espíritu se manifiesta también en esto que dijo el Apóstol: *“Todo lo lleva a cabo un único y mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno según quiere”*<sup>35</sup>. Donde se anuncia una distribución voluntaria, no puede considerarse que haya condición de esclavitud. En efecto, la esclavitud hay que entenderla en la criatura, pero en la Trinidad hay dominio y libertad. Por tanto, si lo que se dice en el Salmo de que *“todas las cosas le sirven”*<sup>36</sup> se refiere a las criaturas y no al Espíritu Santo, este otro texto de *“todas las cosas fueron hechas por medio de Él”*<sup>37</sup> no incluye al Espíritu Santo entre todas las cosas, puesto que no se lee que haya sido hecho a partir de alguna materia o de la nada aquél que procedió del Padre<sup>38</sup>.

5. Así pues, a los fieles les basta con saber que el Hijo ciertamente ha sido engendrado, pero que el Espíritu es procedente<sup>39</sup> del Padre. Usemos, pues, las mismas palabras que la Sagrada Escritura quiso que usáramos<sup>40</sup>.

Quien ame la vida y reconozca al autor de la vida y haya recibido con igual honor de los tres nombres el sacramento del bautismo, que no busque ya un fin allí donde le consta que no hubo un comienzo. Creemos, por tanto, que el Espíritu Santo Paráclito <sup>41</sup> procede del Padre <sup>42</sup>, que no es hijo ni hijo del Hijo, como suelen elucubrar los necios <sup>43</sup>, sino que es el Espíritu de la verdad <sup>44</sup>, cuya procesión a nadie es concedido conocer cuál o cuánta sea <sup>45</sup>. En efecto, acerca de la incomprehensibilidad del mismo Espíritu dijo también el Señor en el Evangelio: *“El Espíritu sopra donde quiere y escuchas su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va”* <sup>46</sup>. Sabemos que este Espíritu existe con personalidad <sup>47</sup> propia y verdadera; que es fuente de santificación <sup>48</sup>, luz de las almas y dador de los dones <sup>49</sup>. Este Espíritu santifica y no es santificado, ilumina y no es iluminado. Y sin este Espíritu ninguna criatura podrá alcanzar la eternidad <sup>50</sup> ni llamarse de verdad santa. Me atrevería a decir que el templo mismo del Señor, a saber, el cuerpo que tomó de la Virgen, fue ciertamente plasmado por el mismo Espíritu, como dijo el ángel Gabriel a María: *“El Espíritu Santo vendrá a ti [y la virtud del Altí-*

*simo te cubrirá con su sombra, por tanto] lo que nacerá [de ti] procede del Espíritu Santo”*<sup>51</sup>. He aquí que el mismo templo en el que habitó<sup>52</sup> el Señor, el Verbo, fue santificado por el Espíritu. Y aunque el mismo Señor diga de sí mismo: “*Al que el Padre santificó y envió a este mundo*”<sup>53</sup> y “*por ellos yo me santifico*”<sup>54</sup>, pues el Hijo de Dios es poderoso para santificar no sólo su cuerpo, sino también todas las cosas, sin embargo, para manifestar al mundo el poder propio del Espíritu Santo, Él mismo en el momento del bautismo recibió en su cuerpo al Espíritu Santo bajo forma de paloma<sup>55</sup>, para que verdaderamente según el dicho del Apóstol “*habitará en Él corporal-*

*mente toda la plenitud de la divinidad*”<sup>56</sup>. De esta plenitud<sup>57</sup> reciben después los apóstoles *”gracia por gracia”*<sup>58</sup>, al insuflar el Señor en el rostro de los apóstoles diciendo: *“Recibid el Espíritu Santo, si perdonareis los pecados de alguien, le serán perdonados, si los retuviereis, le serán retenidos”*<sup>59</sup>. Y puesto que está escrito: *“¿Quién podrá perdonar los pecados sino solo Dios?”*<sup>60</sup> resulta que los apóstoles aparecen perdonando pecados con el poder del Espíritu<sup>61</sup> y el Señor dijo en el Evangelio a la mujer: *“Te son perdonados tus pecados”*<sup>62</sup>. Así pues, ya conocemos la enorme importancia del Espíritu, al mostrarse realizando el mismo cuerpo del Señor; ya sabemos también el poder del Espíritu, al perdonarnos los pecados.

6. Vengamos, pues, a sus otros poderes y obras, para que se pueda conocer la naturaleza y la grandeza del Espíritu. En efecto, del mismo modo que el Padre y el Hijo no se dan a conocer sino mediante sus obras, como dice el mismo Señor *“al menos creed a mis obras”*<sup>63</sup>, así también el Espíritu Santo no se puede conocer del todo sino por las extraordinarias señales de sus obras<sup>64</sup>. Así pues,

nadie se inquiete cuando expliquemos los capítulos de las actividades del Espíritu Santo; que nadie cierre sus oídos cuando se recitan las Escrituras Divinas: más hay que creer a los testimonios divinos que a las cavilaciones terrenas. ¿Qué es, pues, lo que pretendemos? Subrayar sin titubeos la tradición del Señor <sup>65</sup>. Si pues sin el Espíritu Santo no renacemos <sup>66</sup> en el nombre del Padre y del Hijo, tampoco somos santificados sin el Espíritu ni avanzamos hacia la eternidad <sup>67</sup>. Deseamos mostrar que el Espíritu Santo ha actuado y actúa siempre con el Padre y el Hijo no sólo en el bautismo, sino también en todas las otras cosas.

7. Aunque podría bastar sólo con que apareciera como cooperador en el sacramento del bautismo, ya que a partir de aquí se entiende que las demás cosas no se han creado sin el Espíritu. ¿Cómo podría ser verdad que la renovación y restauración <sup>68</sup> del hombre se lleva a cabo en el Espíritu, si se cree que la plasmación y creación del hombre ha tenido lugar sin el Espíritu? ¿Acaso hay duda de que el sacramento del bautismo es más que los comienzos mismos de la creación? Es claro que en el bautismo se perfecciona la eternidad, mientras que en el comienzo *“la muerte reinó desde Adán”* <sup>69</sup>. Oigamos, por tanto, a David que profetizó acerca de la creación: *“El Verbo del Señor hizo los cielos y el Espíritu de su boca todo su ejército”* <sup>70</sup>. En este Verbo hay que entender ciertamente al Hijo, según la proclamación de Juan: *“Todo fue hecho por medio de Él”* <sup>71</sup>. Y el Espíritu de su boca no es otro sino

éste al que se le confiesa Santo. Con lo que en un solo versículo tienes al Señor <sup>72</sup> y al Verbo del Señor y al Espíritu Santo que había de completar el misterio de la Trinidad. Y si alguien imprudentemente pretendiera interpretar como un mandato a este Verbo, por cuyo medio fueron creados los cielos, y dijera igualmente que el Espíritu es el aire que se desvanece, necesariamente caería poco a poco en el judaísmo, ya que ni Fotino ni los judíos conceden que algo haya sido creado por medio del Verbo subsistente o por medio del Espíritu.

8. Pero responderás <sup>73</sup>: “Es verdad que del Verbo se ha revelado que creó, pero, ¿y del Espíritu?” Aquí tienes otro testimonio de aquel antiquísimo y justísimo Job que dice: “*El Espíritu divino que me creó*” <sup>74</sup>. Y David dice a Dios cantando: “*Envía tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra*” <sup>75</sup>. Si la creación y la restauración se lleva a cabo por medio del Espíritu, no hay duda de que tampoco el comienzo de la creación tuvo lugar sin el Espíritu. Pero aquellos que resisten a la verdad <sup>76</sup>, dado que el Espíritu aparece como creador, suelen referir ingeniosamente al Hijo el vocablo y la persona del Espíritu, pues también el Hijo es Espíritu, como también el Padre es Espíritu. Tampoco se ha de dar crédito a tan perversa argumentación, por el hecho de que David dijere *Verbo del Señor*, que es el Hijo, y mencionara al *Espíritu* sin más, que es el Santo: el Verbo ciertamente crea los cielos, pero el Espíritu a todo su ejército, es decir, su ornato. Por tanto, o los que leen estas cosas las creen o si no quieren

creer, ¿para qué las leen»? Nadie piense, pues, que esta credulidad<sup>77</sup> hace afrenta a Dios Padre, cuando más bien redundaría en su gloria decir que su Verbo, del cual él mismo es Padre, o su Espíritu, del cual es su autor<sup>78</sup>, ha creado todas las cosas, pues el Padre mismo lo crea todo, cuando su Verbo y su Espíritu crean.

9. Después de tratar de la creación veamos cómo vivifica la Trinidad. De la persona del Padre dice el Apóstol: *“Doy testimonio ante Dios que lo vivifica todo”*<sup>79</sup>. Pero Cristo da la vida: *“Mis ovejas —dice—, oyen mi voz y yo les doy la vida eterna”*<sup>80</sup>. Y somos vivificados por medio del Espíritu, según dice el mismo Señor: *“El Espíritu es el que vivifica”*<sup>82</sup>. Del mismo modo también dice Pablo en la Carta a los Romanos: *“El que resucitó a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuer-*

*pos mortales por su Espíritu que inhabita en vosotros*"<sup>83</sup>. Por tanto, ha quedado claramente demostrada la única vivificación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo <sup>84</sup>.

**10.** En Dios hay presciencia <sup>85</sup> de todas las cosas y es conocedor de las cosas ocultas <sup>86</sup>. Aunque ningún cristiano lo ignore hemos de demostrarlo a partir del Libro de Daniel. *"¡Oh Dios! —dice—, que eres conocedor de las cosas ocultas y que ves las cosas antes de que ocurran"* <sup>87</sup>. Esta misma presciencia se da en Cristo, según refiere el evangelista: *"Desde el comienzo —dice— sabía Jesús quién le había de entregar* <sup>88</sup> *o quiénes eran los que no creían"* <sup>89</sup>. Que sea conocedor de las cosas ocultas queda manifiesto desde el momento en que decía, interpretando los oscuros pensamientos de los judíos: *"¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?"* <sup>90</sup>

**11.** Que de igual modo el Espíritu lo conoce <sup>91</sup> todo de antemano, lo manifestó Dios <sup>92</sup> cuando dijo a los apóstoles: *"Cuando venga el Espíritu de la verdad os lo enseñará todo y os anunciará lo que ha de venir"* <sup>93</sup>. Del que se dice que anuncia lo venidero, pienso que no se dudará que lo sabe todo de antemano, porque Él mismo *"escruta las profundidades de Dios"* <sup>94</sup> y *"conoce todo lo que es de Dios"* <sup>95</sup>. E incluso revela los misterios de Dios según tes-

timonio de Daniel: *“El Dios de los dioses y el Rey de los reyes —dice—, es el que revela los misterios”*<sup>96</sup>. En efecto, todos se nos revelan por medio de Cristo, como Él mismo dice: *“Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quisiere revelar”*<sup>97</sup>. Pero toda revelación acontece en el Espíritu según testimonio de Pablo: *“A nosotros —dice—, nos lo reveló Dios por medio de su Santo Espíritu”*<sup>98</sup>. He aquí que es única la revelación de la Trinidad de Dios.

12. Que está presente<sup>99</sup> en todas partes y que lo llena todo, lo decimos con palabras de Isaías: *“Yo —dice—, soy un Dios cercano y no un Dios lejano. Si el hombre estuviera escondido en las profundidades ¿acaso no lo veré yo? ¿No lleno yo el cielo y la tierra”*<sup>100</sup>. ¿Y qué es lo que dice en el Evangelio Cristo el Salvador sobre su presencia en todas partes? *“Donde quiera que haya —dice— dos o tres en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos”*<sup>101</sup>. Y de su plenitud nos dice el Apóstol: *“El que descendió, es el mismo que ascendió sobre todos los cielos para llenarlo todo”*<sup>102</sup>. Igualmente que el Espíritu Santo esté en todas partes, lo dice el profeta hablando en nombre de Dios: *“Yo estoy en vosotros y mi Espíritu está en medio de vosotros”*<sup>103</sup>. Y Salomón dice: *“El Espíritu de Dios llenó el orbe de la tierra”*<sup>104</sup>. Dios habita en sus santos según la promesa que formuló: *“Habitaré en ellos y andaré entre ellos”*<sup>105</sup>. ¿Y qué dice el Señor en el Evange-

lio? *“Permaneced en mí y yo en vosotros”*<sup>106</sup>. Esto lo prueba también Pablo: *“¿No sabéis que Jesucristo está en vosotros?”*<sup>107</sup>. Esta habitación se realiza en el Espíritu, como lo recuerda Juan: *“Por esto —dice—, sabemos que está en nosotros, porque nos dio de su Espíritu”*<sup>108</sup>. De igual modo también Pablo: *“¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?”*<sup>109</sup>. Y después dice: *“Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo”*<sup>110</sup>.

13. Que el Padre acusa, que también el Hijo acusa y que también el Espíritu Santo acusa, se prueba así<sup>111</sup>. En el Salmo 48 se lee: *“Dios dice al pecador: ¿Por qué recitas mis justicias?”*<sup>112</sup> Y a continuación: *“Te acusaré y te lo echaré en cara”*<sup>113</sup>. De igual modo, David en su oración dice al Señor: *“Señor, no me acuses en tu ira”*<sup>114</sup>, porque había de venir para acusar a toda carne. ¿Y qué es lo que en el Evangelio dice el Salvador sobre el Espíritu Santo? *“Cuando venga aquel Paráclito —dice—, acusará al mundo de pecado, de justicia y de juicio”*<sup>115</sup>. David previendo esto clamaba al Señor: *“¿A dónde iré lejos de tu Espíritu, a dónde huiré lejos de tu rostro?”*<sup>116</sup> Y que este único juicio lo realizará Dios por medio de Cristo, lo manifiesta el apóstol Pablo: *“Cuando juzgue —dice— Dios las cosas ocultas de los hombres por medio*

*de Jesucristo Nuestro Señor*”<sup>117</sup>. Y el Espíritu juzga al Anticristo, como dice el mismo Apóstol al hablar de la persona del Anticristo: “*Al que matará —dice— el Señor Jesús con el Espíritu de su boca*”<sup>118</sup>. Si el Anticristo es aniquilado con el Espíritu de la boca del Señor, luego también toda criatura será juzgada por el Espíritu, como lo testimonia Salomón: “*Contra ellos estará el Espíritu de poder y como si fuera un vendaval los dividirá*”<sup>119</sup>.

**14.** Que el Padre es bueno, el Hijo es bueno y el Espíritu Santo es bueno, se prueba así<sup>120</sup>. Acerca del Padre dice el mismo Unigénito en el Evangelio: “*Nadie es bueno sino el único Dios*”<sup>121</sup>. Y de sí dice: “*Yo soy el pastor bueno*”<sup>122</sup>. Igualmente David, salmodiando para el Señor, dice acerca del Espíritu: “*Tu buen Espíritu me conducirá por camino recto*”<sup>123</sup>. Y como se dice del Hijo: “*Recta es la Palabra del Señor*”<sup>124</sup>, también se dice del Espíritu: “*Renueva tu recto Espíritu en mis entrañas*”<sup>125</sup>.

**15.** ¿Quién puede, pues, silenciar<sup>126</sup> aquella dignidad del Espíritu Santo? Pues los antiguos profetas clamaban: “*Esto dice el Señor*”<sup>127</sup>. En su venida Cristo aplicó esta expresión a su persona diciendo: “*Y yo os digo*”<sup>128</sup>. Y

los nuevos profetas ¿qué clamaban? Como Agabo que profetiza y dice en los Hechos de los Apóstoles: “*Esto dice el Espíritu Santo*”<sup>129</sup>. Y el mismo Pablo en la Carta a Timoteo: “*El Espíritu dice claramente*”<sup>130</sup>. Y Pablo dice que él ha sido llamado por Dios Padre y por Cristo. “*Pablo —dice—, apóstol no por los hombres ni por medio de un hombre, sino por medio de Jesucristo y Dios Padre*”<sup>131</sup>. Y en los Hechos de los Apóstoles se lee que fue segregado y enviado por el Espíritu Santo. En efecto, así está escrito: “*Y dijo el Espíritu Santo: Segregadme a Bernabé y a Pablo para la obra a la que los he llamado*”<sup>132</sup>. Y poco después: “*Ellos, —dice—, enviados por el Espíritu Santo descendieron a Seleucia*”<sup>133</sup>.

16. Nadie se imagine que el Espíritu Santo sea algo despreciable porque se llame Paráclito<sup>134</sup>. Pues Paráclito significa en latín *abogado* o *consolador*, y este nombre lo es común con el Hijo de Dios, como dice Juan: “*Os escribo estas cosas —dice—, para que no pequéis. Pero si pecáis, tenemos como Paráclito ante el Padre a Jesucristo, el Justo*”<sup>135</sup>. E incluso el mismo Señor al decir a los apóstoles: “*El Padre os enviará un segundo abogado*”<sup>136</sup>, sin duda que, al llamarlo *otro Paráclito*, se manifiesta a sí mismo como *Paráclito*<sup>137</sup>. Pero ni siquiera este nombre de Paráclito es ajeno al Padre, pues es nombre de beneficio, no de naturaleza. Finalmente Pablo escribe así en la Carta a los Corintios: “*Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de*

*todo consuelo, que nos consuela*”<sup>138</sup>, lo cual se dice en griego <sup>139</sup> *kai theòs pásês parakléseòs*. Y cuando al Padre se le llama consolador y al Hijo consolador y también al Espíritu Santo (se le llama) consolador, se nos comunica sin embargo, una única consolación de la Trinidad, como también un único perdón de los pecados, al afirmar el Apóstol: *“Habéis sido lavados —dice—, y santificados y justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”*<sup>140</sup>.

17. Pero quizá estas cosas suaves y buenas no elevan nuestra mente a comprender el poder del Espíritu Santo. Digamos algo de las terribles. Según está escrito en los Hechos de los Apóstoles, Ananías había vendido sus bienes y como falso discípulo se había reservado para sí una parte substraída del dinero y puso el resto como si fuera todo a los pies de los apóstoles<sup>141</sup>. Ofendió al Espíritu Santo del que había pensado poder ocultarse. ¿Y qué le dijo a continuación San Pedro? *“Ananías, ¿por qué Satanás ha llenado tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo?”*<sup>142</sup>. Y enseguida dijo: *“No has mentido a los hombres, sino a Dios”*<sup>143</sup>. Y herido así por el poder de aquél a quien había querido engañar, expiró. ¿Qué quiere San Pedro que se entienda aquí por Espíritu Santo? Queda claro cuando dice: *“No has mentido a los hombres, sino a Dios”*<sup>144</sup>. Por tanto, está claro que el que miente al Espíritu Santo, miente a Dios, y que quien cree en el Espíritu Santo, cree en Dios. De igual modo, la mujer de Ananías que había estado de acuerdo en la mentira, se convirtió también en compañera en la muerte. Algo semejante

e incluso más grave anuncia el Señor en el Evangelio, cuando dice: *“Todo pecado y blasfemia se les perdonarán a los hombres, pero a quien diga una blasfemia contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro”*<sup>145</sup>. ¡Qué terribles palabras! Dice que tiene un pecado irremisible quien blasfema contra el Espíritu Santo. Compara con esta sentencia lo que está escrito en el Libro de los Reyes: *“Si un hombre peca contra otro, orarán por él, pero si alguien peca contra Dios, ¿quién orará por él?”*<sup>146</sup>. Si pues, blasfemar contra el Espíritu y pecar contra Dios es un pecado semejante e igualmente inexpiable, ya comienza a estar claro para los inteligentes cuál es la naturaleza del Espíritu Santo.

18. Podría aducir muchos testimonios tomados de las Sagradas Escrituras que, según el sacramento del bautismo, manifiestan la Trinidad de una única operación y poder. Pero dado que los sabios tienen el entendimiento lleno de estos testimonios, paso muchos por alto. Así pues haré un resumen<sup>147</sup> de lo dicho: si el Espíritu Santo procede del Padre; si libera; si santifica; si, como dice el Apóstol<sup>148</sup>, es Señor; si crea con el Padre y con el Hijo; si vivifica; si tiene presciencia como el Padre y el Hijo; si revela; si está en todas partes; si llena el orbe de la tierra; si habita en los elegidos; si acusa al mundo; si juzga; si es bueno y recto; si se le aplica el *“esto dice el Espíritu Santo”*<sup>149</sup>; si creó a los profetas<sup>150</sup>; si envió a los apóstoles; si es consolador; si purifica y justifica; si aniquila a los que le tientan; si aquél que blasfema contra Él no

tiene perdón ni en este mundo ni en el futuro, lo cual es ciertamente propio de Dios; si estas cosas son así, más aún, puesto que son verdaderas ¿para qué se me pide que diga qué es el Espíritu Santo si mediante la grandeza de sus obras se manifiesta lo que Él es en persona? Ciertamente no es extraño a la majestad del Padre y del Hijo <sup>151</sup>, el que tampoco es extraño al poder de sus obras. En vano se le niega el nombre de la divinidad <sup>152</sup> a aquél cuya potestad no puede negarse; en vano se me prohíbe que adore <sup>153</sup> con el Padre y el Hijo a aquél a quien me veo obligado por la misma verdad a confesarlo con el Padre y el Hijo. Si Él junto con el Padre y el Hijo me confiere el perdón de los pecados, me dona la santificación y la vida perpetua, seré demasiado ingrato, si no le rindo gloria con el Padre y el Hijo. Y si no ha de ser venerado junto con el Padre y el Hijo, tampoco se le ha de confesar en el bautismo. Pero si hay que confesarlo de todos modos, según la palabra del Señor y la tradición de los apóstoles, que la fe no sea semiplena <sup>154</sup>. ¿Quién me podrá apartar de rendir-

le culto? En efecto, también suplicaré, como es debido, a aquél en quien se me manda creer.

**19.** Adoraré, por tanto, al Padre, adoraré al Hijo, adoraré al Espíritu Santo con una única y misma adoración. Y si alguien considera duro esto, oiga cómo David exhorta a los fieles al culto <sup>155</sup> de Dios: “*Adorad —dice—, el escabel de sus pies*” <sup>156</sup>. Si es propio de la piedad adorar el escabel de sus pies ¿cuánto más piadoso es adorar si lo que se adora es su Espíritu? Sin duda, aquel Espíritu al que San Pablo <sup>157</sup> anunció con tan gran sublimidad diciendo: “*Os evangelizaron al Espíritu Santo enviado desde los cielos*” <sup>158</sup>, *al que desean contemplar los ángeles*” <sup>159</sup>. Si los ángeles desean verlo ¿cuánto más nosotros, que somos hombres mortales, no debemos despreciarlo! No sea que se nos diga como se dijo a los judíos: “*Vosotros estáis resistiendo siempre al Espíritu Santo, como también vuestros padres*” <sup>160</sup>.

**20.** Y si tales y tan grandes testimonios no inclinan nuestro corazón a venerar al Espíritu Santo, he aquí algo más decisivo. En efecto, Pablo instruye así a los profetas de la Iglesia, en los que ciertamente y por medio de los cuales habla el mismo Espíritu Santo: “*Si todos —dijo—, profetizan y entra un infiel o un no iniciado, es juzgado por todos, examinado por todos y queda manifiesto lo oculto de su corazón. Y entonces postrándose rostro en tierra adorará a Dios, pronunciando que Dios está verdaderamente*

*en vosotros*”<sup>161</sup>. Es cierto que el Espíritu Santo está en los que profetizan. Por tanto, si los infieles caen rostro a tierra adorando al Espíritu Santo, lo adoran con temor y lo confiesan obligados por la grandeza de sus obras, es decir, por la abundancia de la gracia espiritual ;cuánto más deben los fieles adorar al Espíritu Santo voluntariamente y de corazón!

**21.** Sin embargo, se adora al Espíritu Santo no al modo de los gentiles<sup>162</sup> como si estuviera separado<sup>163</sup>; como tampoco se adora separadamente el Hijo, que está a la derecha del Padre<sup>164</sup>; sino que cuando adoramos al Padre, creemos que adoramos al mismo tiempo al Hijo y al Espíritu Santo, ya que también cuando invocamos al Hijo, creemos que estamos invocando al Padre y cuando oramos al Padre, creemos que nos escucha el Hijo, como promete el mismo Señor: *“Cualquier cosa que pidierais al Padre en mi nombre, la haré, para que el Padre sea honrado en el Hijo”*<sup>165</sup>. Del mismo modo también cuando se adora al Espíritu, ciertamente se adora a aquél del cual es Espíritu.

**22.** Nadie ignora que a su Divina Majestad no se le puede añadir ni disminuir nada por medio de las súplicas humanas, sino que cada uno según la intención de su voluntad adquiere para sí la gloria al adorar con fidelidad o confusión al resistir obstinadamente. En efecto, es cierto que la pasión y la soberbia dañan, y que la honorificencia espera el fruto de la devoción. ¿Por qué los fieles no han de honrar íntegramente<sup>166</sup> a la Trinidad, a la que confían

pertenecer, en cuyo nombre creen haber renacido y con cuyo nombre se glorían llamarse? Al igual que a los hombres de Dios se les aplica el nombre de Dios Padre, como Elías fue llamado hombre de Dios <sup>167</sup> y Moisés fue llamado hombre de Dios <sup>168</sup> y como Pablo llamó a Timoteo hombre de Dios <sup>169</sup>, del mismo modo los cristianos derivan su nombre de Cristo <sup>170</sup>, como también se llaman espirituales por referencia al Espíritu <sup>171</sup>. Así mismo si te llamas cristiano y no eres espiritual, no confíes mucho en tu salvación. Por tanto, y según la confesión del bautismo salvador <sup>172</sup>, sea íntegra la fe en la Trinidad, sea una sola la devoción de la piedad, y no pensemos, como los gentiles, en diversidad de poderes ni sospechemos que hay una criatura <sup>173</sup> en la Trinidad. Mas tampoco sucumbamos al escándalo de los judíos que niegan al Hijo de Dios y no adoran al Espíritu, sino más bien adorando y magnificando a la Trinidad perfecta, como formulamos con nuestros labios en los misterios <sup>174</sup> mantengamos así nuestra

convicción: *“Un solo Santo, es decir el Espíritu, un solo Señor Jesucristo para gloria de Dios Padre. Amén”*, porque sólo hay un único culto a la Trinidad. Y después, siguiendo la paz y el amor, que abundemos siempre en obras buenas para que, como oyeron los corintios en la segunda Carta, oigamos del Apóstol: *La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunicación del Espíritu Santo esté con todos vosotros.*